

el nacimiento del Genio Zapoteca, llamado con mucha razón Benemérito de las Américas.

En el Teatro de la ciudad se verificaba una gran velada para honrar el natalicio de tan ilustre ciudadano. Con un lleno completo empezaba a desarrollarse el programa; el Gobernador presidía la fiesta; él y sus acompañantes ocupaban el lado izquierdo del proscenio; en el centro se alzaba un altar lleno de verdes coronas en medio de las cuales se destacaba la arrogante figura del héroe; a la derecha se distinguía a Marta, acompañada de dos lindas jovencitas; llevaba un hermoso traje blanco que caía perfectamente a su cuerpo bien formado, y con lo que resaltaba más lo apiñonado de su rostro y el negror de sus pupilas que hacían luz en el alma profunda de Efraín. . . éste, entre bastidores, le miraba absorto, porque sabía que como él tenía que desempeñar un número en el programa. Nuestra joven, si no tenía muchos méritos oratorios, en cambio poseía la cualidad de mantener por mucho tiempo viva la atención del público que la escuchaba perorar de libertad y de derechos, dejando en la mente y en el corazón de aquellas masas populares, huellas profundas, huellas imborrables, pues sabido es que la atención es la base fundamental de la enseñanza. Tocó, pues, su turno, y habló con altivez; su verbo flagelaba duramente a los cobardes, a los traidores y a los hipócritas. Al terminar su perorata fué aplaudida con en-



Efraín y sus acompañantes ocupaban el lado izquierdo del proscenio.

tusiasmo por el público sensato, consciente de sus actos. Efraín no aplaudía, pero estaba emocionado, y después de varios números abordaba la tribuna. Su sola aparición fué suficiente para arrancar a aquella multitud nutridos aplausos, y de entusiasmo gritos y vivas. Calmados un poco los ánimos, nuestro poeta recitó a Juárez versos buenos y hermosos, versos suyos. Terminada la velada, el simpático soñador llevaba impresa en su mente la imágen de aquella patriota mexicana. Y Marta no podía olvidar ya aquél timbre de voz tan dulce, tan suave, que sonaba continuamente en sus oídos como un coro de ángeles.

Algunos diarios rastreros de la localidad atacaron después a nuestra joven por no comulgar con ella en sus ideas liberales y de civilización, y a los ocho días recibía de Efraín los siguientes versos:

Llegaste al palenque, y yo allí estaba
 Con ansia por oírte, vida mía,
 Esperando mi turno que tardaba
 Tanto como se tarda una alegría.
 Al fin llegó el instante; la armonía
 De la orquesta que el acto amenizaba
 Callóse, tú avanzaste, el público aplaudía
 Y luego respetuoso se callaba.
 Te presentaste, como siempre, altiva,
 Y azotaste la cara a los malvados
 Que usaron para tí de la diatriba.
 Hiciste bien; que entiendan, desgraciados
 Que tú eres superior, que estás arriba
 Y ellos son una turba de menguados.

IV.

CUANDO dos seres extraños se encuentran por el camino de la vida, y deteniendo su marcha se miran largo rato, es sin duda porque ambos poseen sentimientos análogos; en otras palabras, porque se han comprendido. Entre Efraín y Marta tenía lugar este fenómeno. El primer día que sus miradas se cruzaron, los dos se estremecieron. ¿Qué presagiaba esto? Marta miró al cielo, y el cielo estaba nublado; mas ella no era supersticiosa y el cielo entoldado no hablaba a su alma de próximas tristezas ni de futuros sufrimientos.

El carácter psicológico del individuo solo se conoce, cuando se le ha estudiado detenidamente bajo los diversos estados del organismo. Fundándose Marta en esta verdad, quiso analizar, quiso conocer a aquel poeta de tan hermosas concepciones; pero esto no sería posible porque ya el amor en ella había echado raíces muy hondas. El tiempo sería el

encargado de presentárselo tal como él era, y volvería a leer sus libros y sus versos, pues sabido es que el que externa sus ideas por medio de escritos, vacía en ellos mucho de su sér moral e intelectual. Al principio nuestra joven solo había sentido por aquel soñador algo así como un afecto fraternal que poco a poco iba tomando creces; Efraín le quería también como a una hermana, pero era natural que ese afecto se transformara en otro mayor que llegara un día a fundir en un solo crisol sus sentimientos y sus pensamientos. Nuestra pareja, sin darse cuenta, se amaba. El amor es el afecto que se profesan dos séres de distinto sexo, diría un psicólogo moderno, positivista; pero hay otra clase de amor, el platónico: éste es el sueño eterno de los ideales; es el amor sublime, como le llamaría un romántico; el amor místico es una de sus formas. Efraín y Marta se amaban platónicamente.

Efraín se había hecho presentar en casa de don Andrés, papá de Marta, para poder visitar la casa en que habitaba la mujer amada que, como él decía, había hablado a los sentimientos dormidos que nadie había podido despertar, ni la que llevando su nombre había cuidado y amamantado a sus hijos, ni ella tan noble y tan buena. La filosofa del amor nadie la ha comprendido.

V.

Cafía la tarde lentamente. Era una de esas tardes polvorientas y frías; los postreros rayos de un sol de fuego se perdían en el pálido azul de un cielo gris; el ruido de las hojas secas que arrastradas por el viento, chocaban unas con otras, formaban un himno caprichoso y raro, himno que unido al canto vespertino de las aves, hacía meditar en lo grandioso de la Naturaleza a un personaje que sentado en una banca del jardincillo inmediato a la Escuela Normal, parecía esperar con impaciencia; mas las flores polí cromas lo envolvían en un ambiente perfumado y adormecedor. Dicho personaje era alto, blanco; su frente era espaciosa, como para proteger las grandes ideas; sus ojos de un café claro demostraban la nobleza de su alma; su bigote un poco gris cubría una boca perfecta, boca que no se abría sino para alentar, para aconsejar, para estimular. . . . Era uno de esos hombres nacidos únicamente para prac-

ticar el bien por todas partes. ¡Bienaventurados los que como él pueden secar el llanto de los desgraciados! Vestía correcto traje plomo y sombrero del propio color. Su vista inmóvil estaba fija en dirección a aquella alegre calle que conducía al plantel de donde saldrían indudablemente, meses después, nuevas mentoras de la niñez, noveles educadoras que animosas y con el corazón pletórico de esperanzas, llevarían el pan de la sabiduría a las pequeñas inteligencias aún en embrión, de nuestros futuros ciudadanos, o de nuestras dignas madres del mañana. ¡Oh misión del maestro, sublime y grandiosa! ¡Adelante! Educadores, no vaciléis un solo momento en vuestra gloriosa, aunque árdua y difícil tarea, que es muy meritorio sacar de las tinieblas de la ignorancia, a seres que llegarán a ser, quizá, en el futuro, el orgullo y la honra de la Patria. ¿Y quién pudiera, cuando se ha concluído el asiduo trabajo de muchos años, exclamar con la satisfacción del deber cumplido: "Yo he contribuido en gran parte a la civilización de la humanidad entera?" Falange próxima a entrar a la lucha, profesoras del mañana, adelante! . . . yo os saludo y os admiro!

Mas volvamos al lado del buen Andrés, que paseando bajo la hermosa arboleda a través de la cual se filtran los postreros rayos del sol que morían en nubes primorosas de escarlata, antojábase la agonía

de un joven príncipe romántico y caprichoso hasta en sus últimos momentos. . . .

Distraído Andrés en sus paseos bajo la sombra de aquel artístico jardincito, dejaba vagar su pensamiento ante la majestad de aquel hermoso espejo de la Naturaleza; de pronto se ilumina su semblante reflejándose en él una alegría inmensa como si divisara algo que le era muy querido: era que su hijita Marta, adivinando su impaciencia corría al final de las clases para unírsele, y él, su padre, había ido allí precisamente para acompañarla a la salida de la escuela. Ambos sentados, después de besar aquella tersa frente, nuestra muchacha soñadora llena de orgullo, orgullo propio de una señorita de su edad, narraba a su padre las fatigas de aquel día escolar. Algún tiempo permanecieron en ese sitio contemplando el alegre desfile de las simpáticas colegialas que después de las faenas que algunas veces cansan la inteligencia y el espíritu, se dirigen en animados grupitos a sus respectivos hogares. Todas ellas vestían elegante uniforme azul marino, uniforme que la inteligente directora había impuesto en su escuela como para que en la rancia sociedad de la capital de S. . . . ocuparan sus alumnas el lugar que les corresponde, el que deben ocupar siempre, por ser el cerebro de esa misma sociedad ridícula y fátua, que erróneamente ha creído que el profesor de escuela no es digno siquiera de llamarse miembro de ella, por pa-

recerle inferior a sus farsantes socios de chistera y de frac.

¡Maestros de escuela, alzad la altiva frente! Pasad por en medio de esa sociedad, y si como hasta aquí desconoce tus méritos y trata de humillarte, dáale la espalda, dirijete al recinto donde tienes que impartir educación a los pequeños hijos de los aristócratas que no saben lo que vales, porque su obtusa inteligencia no alcanza a comprender lo noble de tu misión sobre la tierra.....

Padre e hija, contemplando el lento surgimiento de la noche, se alejaron de aquel exuberante lugar lleno de encantos, de trinos y de aromas.

La noche esta ya en pié sobre nuestro planeta; el firmamento ostenta una que otra estrella, y el santo silencio invita a las almas buenas a la meditación y al descanso.....

VI.

EL vientecillo helado de la noche iba llevando la tristeza a las humildes chozas, cuyos buenos y honrados moradores habían enviado su última sonrisa a la postrera caricia del astro rey, que llevaba entre los pliegues de su rojiza aureola todo su calor vivificante, que forma la única dicha de los desarraigados. Una fuerte tempestad anunciada por las continuas descargas eléctricas amenazaba a la ciudad, que había entrado en el reposo nocturno, y solo algunos transeuntes trasnochadores paseaban por las calles lóbregas y tristes.

Efratn cubierto por cómodo abrigo de color negro, muy de prisa se dirigió a la casa de su joven novia, y, al recuerdo de esta noche oscura en una hermosa composición decía a Marta:

Nadie iba por la calle, nadie oía,
Y el sollozar de mi alma atribulada
En la bóveda inmensa se perdía.....

Una ventana entre abierta y un rostro agradable y risueño que asomaba ella, hicieron temblar de alegría al simpático soñador, que minutos más tarde se hallaba con su novia. Era un diálogo amoroso, pero no insulso y vano como el de casi todos los enamorados; se recitaban allí versos del uno para el otro y después se despedían con un "hasta mañana" sin meditar siquiera en las muchas espinas que la adversa suerte tenía que colocar en su camino.....

La Patria, envuelta en una guerra sangrienta que los traidores habían provocado, reclamaba la presencia en los campos de la lucha efectiva, de la lucha armada, de sus buenos hijos, que solícitos acudían a su llamado, abandonando resueltos y animosos el hogar querido y santo; iban, pues, sin pérdida de tiempo, a vengar a la Patria del ultraje y de la afrenta que sus malos hijos le infirieran.....

Efraín había ido a la guerra en otras ocasiones, como he dicho antes, y varias veces había estado también frente a la muerte contra los enemigos de la libertad; y se lanzaba de nuevo a la contienda fratricida sin medir siquiera los muchos sufrimientos que origina la campaña, se despedía de su Marta y tendrían que separarse ellos, que no podían vivir sin verse, sin comunicarse sus mútuas impresiones.... Los grandes ojos de Marta habían llorado mucho..... La idea de la Patria le afligía también



Una ventana entreabierta y un rostro risueño que asomaba a ella.